



SOLTEROS

JESUS CASADO
15-SEP-00

He cumplido los cuarenta sin haberme planteado nunca la posibilidad de tener hijos, biológicos o adoptados. Ahora miro hacia atrás, y me pregunto si no me habré perdido algo... No recuerdo haber tenido nunca dudas en cuanto a mi deseo homosexual. Pero en mis años mozos no se planteaba la posibilidad de familia gay (¡apenas existía aún el término gay!). Al saberme marica también me sabía —una cosa llevaba a la otra— soltero.

En mi pueblo los había de varios tipos. Estaban los maricones de toda la vida: desde el que trabajaba —de fregona— en una casa de putas hasta el que vendía colonia puerta a puerta. Algunos tenían hijos que, por supuesto, vivían con la madre y jamás los visitaban. Todos eran personajes malditos y grotescos que no correspondían con mi mundo. Claramente yo no sería “como ellos”.

Después estaban los casados con hijos. De sus relaciones sólo se hablaba en voz baja, compadeciendo a sus traicionadas mujeres; yo sentía lástima por ellos: obligados a la presión constante de la mentira, y por sus hijos, que seguro sabían de sus padres tanto como yo o el resto del pueblo... Los casados tenían mucho morbo para el sexo, pero estaban manchados de mentira, ocultamiento y miedo. Yo no quería ser “como ellos”.

Finalmente estaban todos los otros de quienes se sospechaban prácticas homosexuales; ocupaban puestos diversos —algunos francamente importantes y respetados— en la sociedad y compartían fundamentalmente una circunstancia: ¡eran solteros! Ciertamente cualquiera podía ser soltero, pero de alguna forma de un director de banco, un agricultor o un mecánico uno esperaba boda, esposa e hijos, pero no se discutía la soltería de un cura, un pintor, un maestro, un actor, un poeta... Las “almas sensibles” estaban abocadas a la soltería, opción generalmente asociada a alguna otra “rareza” social. Mi opción.

Parecía coherente que yo me dedicara a “las letras”, que recitara poesías en las reuniones familiares... y que jamás pensara formar una familia. El origen de todo era que me gustaban los hombres, claro, pero eso era estrictamente privado: no tendría que discutirlo con nadie. Oficialmente yo no sería maricón, sólo soltero.

En esta sociedad, los roles se definen no por el tipo de práctica sexual, sino por la actitud que públicamente se adopta ante la omnipresente norma heterosexual. Yo acepté que ser marica y no esconderlo era incompatible con formar familia, que los maricas no eran padres. Y a este patriarcado le interesa que nos sigamos sintiendo ajenos a su entramado familiar, social e intergeneracional, bien escondidos y protegidos por la oferta machista e hipersexuada del “ambiente”.

Algunos de mis compañeros en cambio —incluidos varios con quienes había mantenido gratificantes relaciones sexuales— siguieron el camino que se consideraba (y aún hoy se considera) “normal”, se casaron y tuvieron hijos: crearon un “hogar”. ¡Pobres! Cayeron de cabeza en un régimen pesadillesco de suegras, niños que gritan, mujeres de ordeno y mando, barbacoas, hipotecas, primeras comuniones y domingos en Matalascañas... Es como si tuvieran que pagar ese tributo vitalicio por disfrutar del privilegio de la “normalidad”. Dentro de esta mitología “hetero-familiar”, ven la soltería como un sueño y a veces me felicitan: “¡Qué bien vives!” Sin obligaciones. Sin hogar. Exento como hombre de vivir mi afectividad, y exento como marica —perdón, como soltero— de las responsabilidades de la reproducción y el cuidado de la prole. El eterno inmaduro sólo dedicado al placer. ¿Qué más podría pedir?

Me escandaliza ver cómo el modelo sigue plenamente vigente. En la tele (por ejemplo en Noche de Fiesta, todos los sábados en TVE-1) se repiten hasta la náusea todos los chistes de maridos reprimidos, celosos, cornudos, calzonazos... de esposas tiranas, marujas, medio bobas o poco apetecibles... de suegras sargentas y avinagradas... ¿Y a una gente así queremos confiarle la educación de los hijos?

Los hijos... En este modelo, suelen ser molestas y crueles extensiones de la tiranía de la esposa o de la suegra, un elemento más de tortura para el pobrecito varón cabeza de familia. Si te hacen perder los nervios hasta se te puede escapar algún quantazo, que para eso el padre (el varón) debe ser la figura de autoridad. Del

resto se suele encargar la madre... ..y paradójicamente algunos de los muchos maricas —supuestamente inmaduros— curas, puericultores, instructores, enfermeros, maestros, profesores, monitores, tutores o, sencillamente, tíos o padrinos, que dedican de hecho parte de su vida a esos hijos que nunca pensaron que podrían ser propios.

Hoy día la sexualidad está completamente dissociada de la reproducción, y desde luego sería irresponsable hacer depender la educación de la prole de una forma de organización social —la familia patriarcal— caduca, enfermiza, y afortunadamente en vías de extinción. La necesidad (y la responsabilidad) de formar familia, educar a los hijos y contribuir al desarrollo y al crecimiento del grupo... es común a todos los seres humanos adultos, no sólo los heterosexuales. En beneficio no sólo de los niños sino de todo el grupo social, es urgente que conozcamos qué formas de interacción social están surgiendo, y que nos planteemos cómo pueden las “nuevas familias” garantizar la correcta crianza y educación de la prole. Es una labor de todas y todos. Considerar que los hombres homosexuales estamos excluidos de ella sólo por ser homosexuales es otra irresponsabilidad que esta sociedad tampoco puede permitirse.

Yo soy uno de los muchos maricas que nunca se plantearon tener hijos... ..hasta ahora.

Jesús Casado 15/9/00